

ASI ELIMINA

El 21 de septiembre de 1976, a las 9,20 de la mañana, en Washington, capital de Estados Unidos, cuando el ex ministro y ex embajador de Allende, Orlando Letelier, su secretaria Ronni Moffit y el esposo de ésta se dirigían a sus oficinas, hizo explosión una bomba en el coche que los conducía, ocasionando la muerte a los dos primeros.

ESE mismo día la Embajada chilena en USA condenó el "ultrajante acto de terrorismo que supone el asesinato del dirigente de la oposición chilena en el exilio, Orlando Letelier", mientras en Santiago "el Gobierno chileno se declara inocente, deplora el hecho y reitera su enérgica protesta por cualquier acto de terrorismo".

Han pasado dos años y parte de la verdad ha salido a la luz pública. La dictadura terrorista de Pinochet, su Policía política, la DINA, y algunos responsables y ejecutores del atentado se encuentran sentados en el banquillo de los acusados. Presionados por la evidencia de los hechos y de acuerdo a la política de "derechos humanos" del Gobierno Carter, el FBI ha entregado a la justicia las pruebas necesarias para iniciar un proceso formal y establecer las acusaciones correspondientes. Así se empieza a descorder el velo de impunidad en que se esperaba ampararse la Junta Militar chilena y que le permitió, hace dos años, declararse inocente.

Quién era Orlando Letelier

Orlando Letelier había ocupado importantes cargos y responsabilidades durante el gobierno de Salvador Allende. Primero fue embajador de Chile en Estados Unidos, durante todo el período álgido de la nacionalización del cobre, posteriormente ocupó las carteras de Relaciones Exteriores, Interior y Defensa, cargo, este último, en que lo sorprendió el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

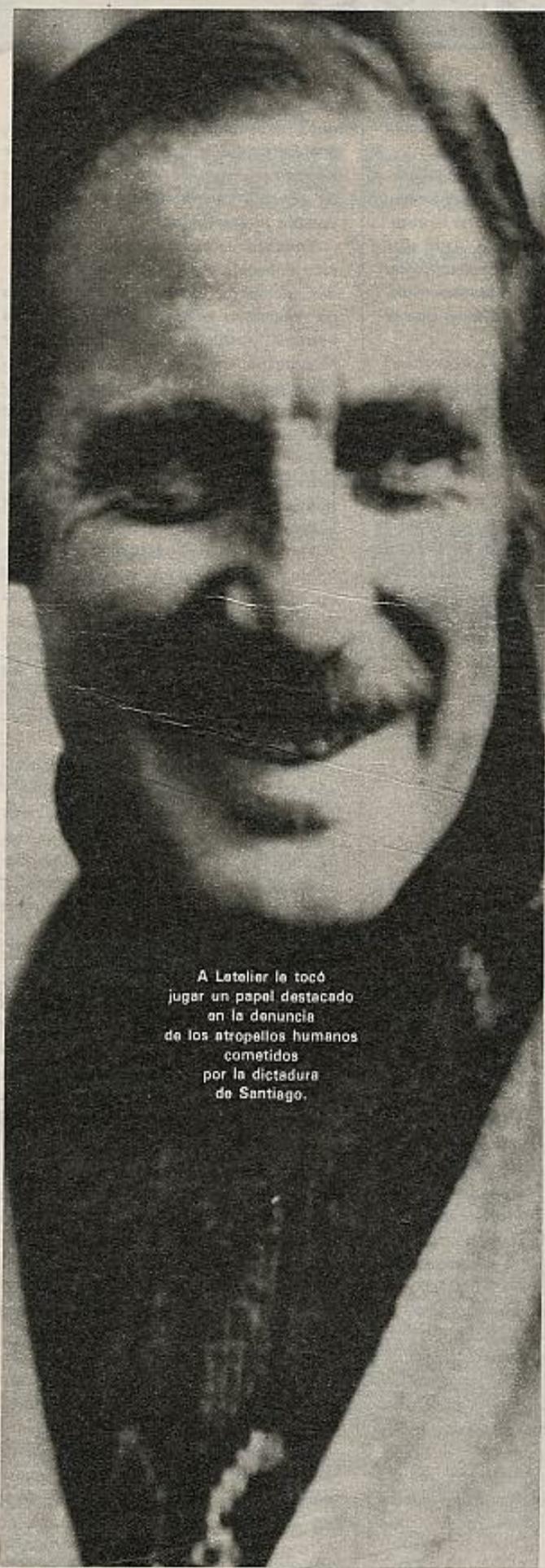
Letelier, según palabras de su viuda, Isabel Margarita Morel, era un hombre vital y cariñoso que escuchaba a la gente, era amante de la música, teniendo una voz de barítono bajo que lo caracterizaba, además de ser aficionado a la jardinería y a la carpintería. Conoció a la que sería su esposa mientras estudiaba Derecho y era presidente del Centro de Arte de los estudiantes de su Facultad. Militante

de la Juventud Liberal durante sus años de Universidad, especializado en los problemas del cobre, la principal riqueza con que cuenta Chile, se sintió identificado con el programa del Frente de Acción Popular que postuló a la Presidencia a Salvador Allende en 1958 y trabajó activamente sosteniendo su candidatura. Derrotados estrechamente en las urnas, Orlando Letelier se plantea la necesidad de darle continuidad a su lucha por los intereses del pueblo y se incorpora a las filas del Partido Socialista de Chile y no las abandona hasta el día de su muerte.

Por su compromiso con una política de nacionalización del cobre, durante el gobierno derechista de Jorge Alessandri, y por haber apoyado la candidatura de Allende, pierde su trabajo como experto en el Departamento del Cobre, organismo oficial que se suponía debía defender los intereses nacionales ante las compañías norteamericanas extractoras del mineral. Obligado al exilio económico es llamado por Felipe Herrera a incorporarse al recién formado Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en 1960. Durante diez años trabaja y vive en Washington, logrando una gran audiencia y múltiples relaciones, donde hizo valer en forma permanente la causa de América Latina y las dificultades que le impedían alcanzar el desarrollo económico, fundamentalmente su dependencia de Estados Unidos.

En el año 1970, cuando la Unidad Popular lleva a la Presidencia de Chile al mismo hombre que lo había llevado a las filas de la izquierda, regresa a su patria a colaborar con el nuevo Gobierno. Pero Allende le solicita que ocupe la difícil responsabilidad de defender los intereses de Chile ante la Casa Blanca. Fue el único embajador que tuvo el Gobierno popular chileno en Washington.

El 11 de septiembre de 1973, Orlando Letelier es detenido por los militares facciosos en las puertas del Ministerio de Defensa y trasladado al campo de concentración de la austral e inhóspita isla Dawson, junto a otros altos dirigentes del Gobierno y los partidos



A Letelier le tocó jugar un papel destacado en la denuncia de los atropellos humanos cometidos por la dictadura de Santiago.

RON A LETELIER

PEDRO SOTO CH.

de la izquierda chilena. Allí, según el testimonio de sus compañeros de prisión, se destacó por su entereza. Impartió cursos de Economía y de inglés incluso a sus propios carceleros.

Puesto en libertad en septiembre de 1974, gracias a la presión internacional y, quizá, como dice su viuda, porque la Junta lo creía inofensivo, un hombre acostumbrado a la buena vida, que se retiraría a un exilio dorado en algún organismo internacional. No fue así, como militante del Partido Socialista se convirtió en uno de los principales activistas de la oposición en el exilio, primero en Caracas y luego en Washington, poniendo al servicio de la causa democrática y socialista todo su prestigio y la audiencia con que contaba en los medios internacionales.

Papel destacado le tocó jugar en la denuncia de los atropellos a los derechos humanos cometidos por la dictadura de Santiago y en el desenmascaramiento de la política económica desnacionalizadora y de superexplotación puesta en marcha en Chile por los discípulos de la Escuela de Chicago. Gracias a su intervención, la Junta Militar se vio privada de contar con importantes créditos financieros que requería para perfeccionar su aparato represivo y expoliador.

Además, el hecho de haber ocupado la cartera de Defensa le había dado un conocimiento personal de los generales y almirantes golpistas, todo lo cual lo convertía en un enemigo demasiado poderoso y peligroso para los uniformados alzados al poder. Tenía cuarenta y cuatro años de edad y cuatro hijos varones.

Comienza la conjura

Ya en agosto de 1975 estaba claro para los encargados de la represión en Chile, la DINA, la dimensión que alcanzaba la actividad opositora del ex ministro en el exilio. De esa fecha data una carta enviada por el entonces coronel Manuel Contreras, jefe de la DINA, al jefe del Servicio Nacional de Informaciones del Brasil (SNIB), general Joao Baptista Figueiredo, donde le plantea la necesidad de "estrechar aún más" la colaboración entre ambas Policías y la preocupación compartida ante la acción potenciada que tendrían

políticos como Kubitschek, ex Presidente brasileño, y Orlando Letelier si el Partido Demócrata triunfaba en las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Los hechos posteriores han demostrado que ambas Policías políticas han actuado en consecuencia a su preocupación compartida. Juscelino Kubitschek murió en un accidente automovilístico aún no aclarado, y Orlando Letelier, por la acción de una bomba telecomandada.

Esta carta, que data del 28 de agosto de 1975, ha sido dada a conocer en fecha reciente por la revista opositora brasileña "Movimiento". En ella Manuel Contreras le agradece a Figueiredo, hoy candidato oficialista a la Presidencia del Brasil, la colaboración que la DINA ha recibido del SNIB. Le señala, además, que "comparte su

preocupación por el posible triunfo del Partido Demócrata en las próximas elecciones presidenciales en Estados Unidos", y agrega: "También tenemos conocimiento del reiterado apoyo de los demócratas a Kubitschek y Letelier, lo que en el futuro podría influir seriamente en la estabilidad del Cono Sur de nuestro hemisferio", para concluir con lo siguiente: "El plan propuesto por usted para coordinar nuestra acción contra ciertas autoridades eclesásticas y conocidos políticos socialdemócratas y democristianos de América Latina y Europa, cuenta con nuestro decidido apoyo".

La revista brasileña se encarga de decir que esta carta no ha sido desmentida y no contiene errores que sugieran una falsificación y, aún más, su texto adquiere lógica

cuando es comparado con los acontecimientos.

Esta es la primera huella testimonial que se ha descubierto de las operaciones asesinas de la DINA fuera de Chile. Con anterioridad ya habían eliminado al general constitucionalista Carlos Prats y su esposa en la ciudad de Buenos Aires y preparaban el atentado, que no fue mortal, contra el ex vicepresidente de Chile, Bernardo Leighton, y su esposa.

En el cuerpo de asesores más inmediatos a Pinochet no se ponían de acuerdo respecto al destino que le depararían a Orlando Letelier. Había quienes propiciaban una acción puramente psicológica que pasaba por quitarle la nacionalidad chilena y agudizar la campaña de desprestigio e infundios ya desatada en su contra. Por otro lado estaban los duros, con el general Forestier y el coronel Manuel Contreras a su cabeza, que planteaban la necesidad de una acción de escarmiento, violenta y aleccionadora para otros opositores en el exilio. Pinochet les dio luz verde a los unos y a los otros. En la prensa, radio y televisión junistas empezaron a aparecer referencias difamatorias contra el ex ministro de Allende en el plano de su vida personal y se le caracterizó como "enemigo de Chile". El 10 de septiembre de 1976 se cumplió un paso importante de este plan: se dictó el Decreto que lo privaba de su nacionalidad. Pero, paralelamente, estaba en ejecución otro plan y once días más tarde hacía explosión la bomba que daría muerte a Letelier y su secretaria, Ronni Moffit.

El éxito obtenido por Forestier y Manuel Contreras ante los ojos de Pinochet se hizo evidente cuando fueron ascendidos en sus rangos militares por decisión del dictador chileno. Forestier fue nombrado vicecomandante en jefe del Ejército de Tierra y Manuel Contreras ascendió al rango de general de brigada.

Pero la preocupación expresada por Contreras al general brasileño Figueiredo se hizo realidad. En las elecciones presidenciales de EE. UU. triunfó el Partido Demócrata y resultó elegido Carter. El nuevo ocupante de la Casa Blanca, considerando su política respecto a los derechos humanos, no podía permitir que la dictadura reinante en un país bajo su esfera



Isabel Margarita de Letelier.

ASI ELIMINARON A LETELIER

de influencia fuese a eliminar a uno de sus opositores en la misma capital del Imperio.

Cronología

Según ha determinado un Gran Jurado de la Corte del distrito de Columbia, Washington, en julio de 1976, "Manuel Contreras, director de la DINA, comenzó la acción que dio inicio a la conspiración, y por su cuenta o de acuerdo con otros, desconocidos para el Gran Jurado, ordenó el asesinato de Orlando Letelier". Está claro que esos "desconocidos para el Gran Jurado" no son otros que Pinochet y sus íntimos colaboradores, entre los cuales se contaba el propio Contreras.

En seguida la acusación establece que Pedro Espinoza, director de operaciones de la DINA y coronel del Ejército chileno, transmitió la orden de Contreras a dos agentes de ese servicio de inteligencia: el capitán del Ejército de Chile Armando Fernández Larios y el ciudadano norteamericano residente en Chile Michael Townley, además "los instruyó para que prepararan los detalles operacionales de la misión". La acusación sigue diciendo que Manuel Contreras, subordinado directo de Pinochet, y el coronel Espinoza "emplearon los recursos, contactos, fondos y aparato de inteligencia de la DINA para arreglar los viajes internacionales, obtener la documentación falsa necesaria, los vícticos y los medios necesarios para la operación, además de los contactos de inteligencia".

Nuestro hombre en Paraguay

El día 17 de julio de 1976, Manuel Contreras, director de la DINA, contactó con el director del Servicio de Inteligencia Militar del Paraguay, Benito Guanes, para solicitarle que autorizara la emisión de pasaportes paraguayos a dos agentes de la DINA, quienes se dirigirían a los EE. UU. en una misión no especificada. A fines del mes de julio, Fernández Larios y Townley, informados de su misión asesina, viajaron al Paraguay con células de identidad falsas (para viajar entre Chile y Paraguay no se requiere pasaporte) y obtuvieron pasaportes oficiales paraguayos a nombre de Alejandro Romeral y Juan Williams. Con dichos

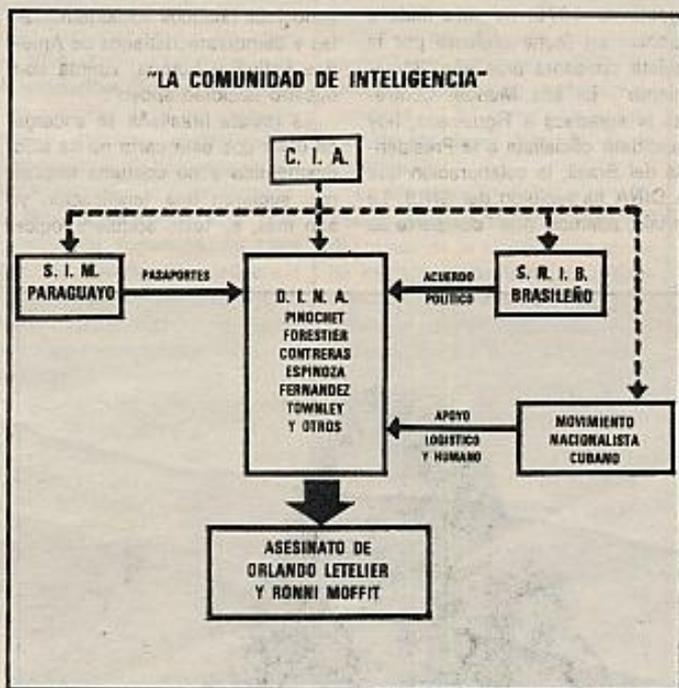
pasaportes se presentaron ante el Consulado norteamericano de Asunción para obtener las visas correspondientes para viajar a los EE. UU. El entonces embajador de EE. UU. en Paraguay, hoy en Chile, Walter Landau, entró en sospechas y junto con fotografiar los pasaportes que le presentaban, lo que más adelante permitiría identificar a los asesinos, les negó las visas.

Alrededor del 28 de julio, Fernández Larios y Townley regresa-

Hans Petersen Silva para Townley.

La ejecución

A fines de agosto, Fernández Larios viajó a Washington acompañado por una agente de la DINA llamada, según las autoridades de EE. UU., Liliana Walker Martínez, con la misión específica de estudiar los movimientos y costumbres de Orlando Letelier, registrar horarios de sus desplazamientos.



ron a Santiago de Chile con los pasaportes paraguayos en su poder, haciendo entrega de ellos al jefe de operaciones de la DINA, Pedro Espinoza. De esta manera la misión criminal se vio retardada unas semanas.

Imposibilitados de realizar la maniobra diversionista y encubridora que significaba la utilización de pasaportes paraguayos y temiéndolo un nuevo retraso al intentar con pasaportes uruguayos (los brasileños estaban descartados por el hecho de que los agentes Fernández Larios y Townley no saben hablar portugués), la DINA decidió enviarlos con pasaportes chilenos extendidos a nombres falsos. Para ello contaban con un fiel colaborador en el departamento consular del Ministerio de Asuntos Exteriores, su responsable máximo, Guillermo Osorio, quien extendió los pasaportes a nombre de Armando Fernández Lyon para Fernández Larios y a nombre de

los, la ubicación de su hogar y oficina, la ruta que seguía rumbo al trabajo, etcétera, y entregar finalmente toda esta información al agente civil de la DINA, Townley.

El 9 de septiembre, Townley llega a Nueva York y en el mismo aeropuerto Kennedy se reúne con el capitán Fernández Larios y su acompañante femenina. Estos le entregan la información que habían recogido sobre el ex canciller Letelier y emprenden regreso a Chile inmediatamente. Townley, por su parte, con la información necesaria en sus manos, se pone en contacto con los cubanos anticastristas Guillermo Novo, José Dionisio Suárez, Alvin Ross y Virgilio Paz, del Movimiento Nacionalista Cubano, a los cuales comunica sus planes y solicita cooperación. Más concretamente, según la confesión de Townley a la justicia norteamericana, "les comunicó las órdenes de la DINA de asesinar a Orlando Letelier y les

solicitó su asistencia en la misión".

Los cubanos anticastristas proporcionaron al agente de la DINA el material explosivo necesario y un dispositivo detonante radiocontrolado, le ayudaron a construir la bomba, colaboraron con él para colocarla en el automóvil de Letelier y, finalmente, en su detonación el 21 de septiembre de 1976.

Michael Townley regresó a Chile el 23 de septiembre e inmediatamente se presentó ante sus jefes para informarles que la misión que le encomendara la DINA había sido ejecutada, el ex ministro y ex embajador de Salvador Allende, Orlando Letelier, había sido asesinado junto a su secretaria, Ronni Moffit, cuando en su automóvil se dirigía a su trabajo. Pinochet y sus acólitos, Manuel Contreras, el jefe de la DINA, el coronel Pedro Espinoza, jefe de operaciones, y todos los conjurados podían considerarse satisfechos, habían eliminado a uno de los puntales de la resistencia chilena en el exterior en una operación que a todas luces quedaría impune.

Impunidad

Efectivamente, en la fecha en que fueron asesinados Letelier y Ronni Moffit estaba a la cabeza del Gobierno de EE. UU. Gerald Ford y en el Departamento de Estado se mantenía el inefable Kissinger, el mismo Kissinger que encabezaba el Comité de los 40 cuando la Casa Blanca, el Pentágono y Wall Street iniciaron la política de desestabilización del Gobierno constitucional de Allende en Chile, el mismo que a la cabeza del Departamento de Estado durante el Gobierno de Nixon le dio luz verde a la CIA y a los servicios de inteligencia del Pentágono para que prepararan el golpe de Estado que puso fin, el 11 de septiembre de 1973, al Gobierno legal de la Unidad Popular.

Mientras el binomio Ford-Kissinger estuvo gobernando EE. UU., las investigaciones sobre el atentado y asesinato no sólo no avanzaron, sino que el FBI, organismo encargado de ellas, se hizo parte de una campaña de prensa tendiente a presentar al ex ministro Letelier como un agente a sueldo de la Revolución cubana. Misteriosamente, los papeles personales que Orlando Letelier llevaba en su coche, recogidos por el FBI después del atentado, llegaron a

manos del controvertido periodista Jack Anderson. Entre ellos habla una supuesta carta de Beatriz Allende, encargada de la tesorería del Partido Socialista en el exilio, en la cual le anunciaba el envío de 1.000 dólares para los gastos que implicaban la campaña de solidaridad con la lucha del pueblo chileno, y como Beatriz Allende residía en La Habana, eso bastó para presentar a Letelier como un "agente a sueldo del comunismo internacional".

De manera singular, paralela-

mente a presentar a Pinochet y a su secretaria. Por lo demás, la Casa Blanca sabía muy bien, gracias a la colaboración y la llamada "comunidad de inteligencia" existente entre la CIA y la DINA, que esta última era la autora del crimen. Un cambio en la correlación de fuerzas a nivel internacional, un nuevo Gobierno en la Casa Blanca y la impunidad con que esperaban contar Pinochet y sus secuaces se convirtió en uno de los mayores escándalos que afectan a la tiranía.

Decidido Carter a desenmascara-

para asistir a la firma del nuevo tratado sobre el Canal de Panamá, el FBI, informado por la CIA, se deja caer sobre un miembro de la delegación del dictador para interrogarlo. Se trataba de Guillermo Osorio, jefe de protocolo de la Cancillería chilena en ese momento, quien en agosto de 1976, siendo jefe del Departamento Consular, había firmado los pasaportes oficiales adulterados que utilizaron Fernández Laríos y Townley.

Guillermo Osorio, miembro de una aristocrática familia chilena,

La justicia norteamericana perdió un testigo de cargo, pero la investigación no se detuvo. Con las fotos de Fernández Laríos y Townley en su poder, y sabiendo de quiénes se trataba, le solicitaron al Gobierno chileno que identificara e individualizara a esos sujetos para interrogarlos sobre el atentado del 21 de septiembre de 1976. Pinochet, en primera instancia, negó la existencia de esos personajes, pero, publicadas las fotografías en la prensa, fueron inmediatamente reconocidos como Fernández Laríos y Townley, y a la Junta Militar no le quedó entonces otra alternativa que darle curso legal a la solicitud de los Tribunales norteamericanos.

La continuación de la historia es bastante conocida. El Gobierno de Pinochet, presionado por todos los flancos con una presión social interna que se traduce en huelgas de trabajadores y descontento de los empresarios medianos y pequeños, con el problema de los detenidos políticos desaparecidos, con los problemas fronterizos y de límites ante Argentina y Bolivia, con el aislamiento internacional y la repetida condena que han hecho las Naciones Unidas, etc., no tuvo más remedio que entregar a las autoridades norteamericanas a una de las piezas ejecutoras del atentado, Michael Townley, y hoy enfrenta la solicitud de extradición del ex general y ex jefe de la DINA, Manuel Contreras, del coronel Pedro Espinoza y del capitán Armando Fernández Laríos.

Se está haciendo la luz sobre un crimen político, hecho raro en la historia contemporánea. Están apareciendo a la luz pública las conexiones de los llamados "servicios de inteligencia o información", la internacional secreta del crimen, la tortura y la represión. Muchas de sus operaciones quedarán en la impunidad, pero en cada una que se descubre tenemos el retrato de cuerpo entero de los autoproclamados defensores de "la civilización occidental y cristiana", de los paladines en la lucha contra "el materialismo ateo y las fuerzas del marxismo-leninismo".

La DINA de Pinochet, el SIM de Stroessner, el SNIB de Geisel y Figueiredo, la Policía de Videla, tienen muchas cuentas pendientes, más aún su gran madre, prohibidora e instructora, la respetable "compañía", comúnmente llamada CIA. ■ P. S. Ch.



Decidido Carter a desenmascara a Pinochet y la DINA, las investigaciones del FBI tomaron un curso rápido en la acumulación de pruebas contra los autores del crimen.

mente a presentarlo como "agente comunista" e implícitamente justificar el asesinato, la muerte de Letelier fue presentada por la prensa reaccionaria como una maniobra de los propios "comunistas" tendente a cargarle la responsabilidad a Pinochet y, de esta manera, contrarrestar los "avances y éxitos" logrados por su régimen.

FBI, en acción

La llegada de Carter al Gobierno de EE.UU. y su política de los derechos humanos, que pasa por lavarle la cara a las dictaduras reinantes en el patio trasero, América Latina, significó, en el caso concreto de la Junta Militar chilena, la activación de las investigaciones tendentes a esclarecer y desvelar la participación directa de la DINA, la Policía política de Pinochet, en la planificación y ejecución del atentado que le costó la

vida al ex ministro y a su secretaria. Por lo demás, la Casa Blanca sabía muy bien, gracias a la colaboración y la llamada "comunidad de inteligencia" existente entre la CIA y la DINA, que esta última era la autora del crimen. Un cambio en la correlación de fuerzas a nivel internacional, un nuevo Gobierno en la Casa Blanca y la impunidad con que esperaban contar Pinochet y sus secuaces se convirtió en uno de los mayores escándalos que afectan a la tiranía. Decidido Carter a desenmascara-

El "suicidio" de un implicado

En septiembre de 1977, cuando Pinochet viaja a Washington

era un hombre débil de carácter y de pocas luces. Su reciente ascenso en la carrera diplomática se lo debía a su apellido, a su colaboración con la DINA y a la amistad íntima que mantenía su esposa con el general Carlos Forestier, hoy viccomandante en jefe del Ejército de Chile. Ante los agentes del FBI contó toda la verdad y se comprometió a testificar en la causa que se abría contra los responsables del atentado que había costado la muerte a Orlando Letelier y Ronni Moffit; con ello Osorio firmó su sentencia de muerte. De regreso a Santiago, el 22 de octubre de 1977, después de una cena en la Embajada peruana, Forestier y Manuel Contreras, el de la DINA, acompañan a Osorio a su domicilio y, al día siguiente, éste es encontrado "suicidado" en el pórtico de su casa con un tiro de pistola entre las cejas.